

Agustín de Hipona

Hablar de Agustín de Hipona es siempre volver a las raíces del pensamiento cristiano occidental. Lo curioso es que, a pesar de todos los siglos que han pasado, Agustín sigue inquietando, enseñando y a la vez incomodando con sus preguntas. No solo fue una figura importante hace dieciséis siglos, sino que, como nos deja ver Justo González, sus debates internos, sus luchas y sus aciertos siguen siendo actuales y hasta necesarios para reflexionar en nuestra fe hoy.¹ Y lo digo sorprendido, porque uno espera encontrar en un personaje antiguo argumentos pasados de moda o lecciones ya entendidas; sin embargo, al repasar las páginas del libro de González, más bien uno se topa con una vida llena de interrogantes que permanecen y un modo de pensar que puso a temblar columnas que aún sostienen la teología, la espiritualidad y hasta la política de la Iglesia. Lo comento porque hace unos meses un amigo que profesa la fe cristiana católica romana compartió un mensaje de san Agustín que decía: “Without God, what am I but a guide to my own destruction”. A lo cual le respondí con la frase famosa de Juan Calvino: “Augustinus totus noster est” (Agustín es totalmente nuestro). Pero después de leer estas páginas, me pregunté, era totalmente nuestro o solo un Agustín filtrado?

Desde joven Agustín, mostró una gran inquietud intelectual y un deseo de reconocimiento, lo que lo llevó a probar distintas corrientes filosóficas y religiosas, entre ellas el maniqueísmo, que le atrajo por su aparente racionalidad. Sin embargo, pronto se desilusionó de sus respuestas simplistas y, tras un largo proceso de búsqueda, lecturas de autores como Cicerón y sobre todo la influencia de Ambrosio en Milán, terminó abrazando el cristianismo en el año 386.² González lo describe como inconforme: ni el maniqueísmo ni el escepticismo filosófico lo satisfacen, pero ambos lo marcan mucho. Su obra literaria es extensa, pero destacan las Confesiones, donde narra su vida como un testimonio espiritual y teológico, donde la muerte de Adeodato, su hijo adolescente, ocurrió poco tiempo después de su conversión y bautismo; una herida silenciosa que

Agustín de Hipona

seguramente marcó su espiritualidad más de lo que podemos imaginar.³ Además se encuentra La Ciudad de Dios, escrita tras el saqueo de Roma en 410, donde responde a quienes culpaban al cristianismo de la caída del imperio. Allí desarrolla su famosa visión de la historia como una tensión entre la ciudad de Dios y la ciudad terrena. También escribió De Trinitate, donde reflexiona sobre el misterio de la Trinidad usando analogías psicológicas, y numerosos tratados contra herejías de su tiempo. En respuesta al maniqueísmo, rechazó la idea de dos principios eternos y afirmó que el mal no es sustancia, sino ausencia de bien. Contra los donatistas, defendió que la validez de los sacramentos no depende de la santidad del ministro, sino de Cristo mismo, lo que consolidó la unidad de la Iglesia. Contra Pelagio, sostuvo que el ser humano, por el pecado original, no puede salvarse por sus propias fuerzas, sino que necesita absolutamente de la gracia divina.⁴ Estos dos posturas fueron utilizadas y reinterpretadas por el movimiento protestante.

La teología de Agustín marcó profundamente a la Iglesia. Su doctrina de la gracia y del libre albedrío, donde la gracia es irresistible y antecede a cualquier mérito humano, influyó tanto en la tradición católica como en la protestante.⁵ Su visión de la iglesia como cuerpo de Cristo y de los sacramentos como eficaces por la acción de Dios fue decisiva para la eclesiología medieval. Su concepción de la historia como lucha entre dos ciudades dio forma a la mentalidad cristiana de la Edad Media, y su énfasis en la interioridad, lo cual era buscar a Dios dentro del alma. Esto abrió un camino de espiritualidad que sigue vigente. No es casual que tanto Lutero como Calvino lo citaran como autoridad en la Reforma, mientras que el Concilio de Trento también lo reivindicó, mostrando que su pensamiento fue lo suficientemente amplio y complejo como para ser reclamado por tradiciones opuestas.⁶

En adición Agustín dejó su enseñanza sobre la predestinación y la Libertad, la cual siempre ha sido difícil: él decía que Dios elige a los que se salvan y que, al mismo tiempo, la libertad humana no desaparece, aunque queda totalmente condicionada por la gracia. Esa tensión nunca se resolvió del todo y ha sido motivo de debate por siglos. También me llama la atención su visión de la Iglesia, no como un grupo de perfectos, sino como un cuerpo donde están los santos y pecadores, y donde los sacramentos valen no por la pureza o santidad del ministro, sino porque es Dios quien actúa. En la liturgia, Agustín valoraba mucho el canto y la participación, porque sabía que la fe no solo se entiende con la mente, sino que también se vive con el corazón.⁷ Al final, su manera de ver la Iglesia como un lugar de comunión más que de perfección ha dejado una huella que todavía sigue marcando tanto a católicos como a protestantes, como sucede con la utilización de la Iglesia Católica con los argumentos de Tomás de Aquino en las diferencias con los pensamientos de Agustín.

BIBLIOGRAFÍA

¹Justo L. González, *Historia del pensamiento cristiano*, Tomo 1 (Nashville, TN: Editorial Caribe, Inc., una división de Thomas Nelson, Inc., 2002)), 317.

²González, *Historia del pensamiento cristiano*, I: 318–322.

³González, I: 323–325.

⁴González, I: 329–339.

⁵González, I: 339–346.

⁶González, I: 350–353.

⁷González, I: 346–350.

Agustín de Hipona

González, Justo L. *Historia del pensamiento cristiano*. Tomo 1. Nashville, TN: Editorial Caribe, Inc., una división de Thomas Nelson, Inc., 2002.